

África de cara al siglo XXI. Situación social, cultural, y el rol de las iglesias

P. Claudio Mondino*

En su libro recién publicado *Geopolítica del caos*, Ignacio Ramonet¹ introduce su reflexión con una pregunta muy importante para todos los que quieran entender hacia donde va la humanidad en este fin de milenio: ¿quién gobierna al mundo? Después del final de la “guerra fría”, y al implementarse el “nuevo orden mundial”, en todas partes se percibe un cambio en el ámbito del poder: tanto desde el punto de vista de las estructuras de poder y su interrelación, como de las formas del mismo.

Al mismo tiempo, el gran movimiento de la mundialización que lleva a las economías a ser cada vez más dependientes entre sí, produce lo que todos conocemos como globalización de los mercados, donde quien manda y decide los mecanismos de actuación y de ganancia son los mercados financieros.

* Presbítero de la Iglesia Católica. Fue Secretario de las Nunciaturas de Brazzaville (Congo), Bangui (República Centroafricana) y N'Djamena (Chad). En 1991 fue nombrado Secretario de la Nunciatura en Argentina y en 1994 en la de Cuba. Desde 1997 es Canciller de la Curia Episcopal de Cúneo (Italia).

1 I. Ramonet: *Géopolitique du chaos*. Paris: Galilée, 1998.

La situación cada día más grave, del desequilibrio entre el Norte y el Sur ha aumentado las fracturas sociales entre una minoría y la masa de la población: el 20% de la población mundial percibe el 80% de toda la riqueza. La proporción de los pobres ha crecido de manera preocupante: las personas que viven con menos de un dólar por día ha pasado de los 179 millones en 1987 a los 218 millones en 1993, es decir el 85% de la población de Zambia, el 72% de la de Madagascar, el 65% de la de Angola, etc.².

El año 1996 había sido declarado por las Naciones Unidas “Año internacional para el desarraigo de la pobreza”. Un primer balance del mismo, no puede ocultar el hecho de que la pobreza siga siendo fiel compañera de 1300 millones de seres humanos. Es en el África sub-sahariana que la pobreza atañe al porcentaje más alto de población. El “Informe mundial sobre el desarrollo humano 1997” redactado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) releva que entre los 50 países más pobres del mundo -clasificados según el índice de pobreza humana (IPH) establecido por el mismo PNUD- 33 se encuentran en el África sub-sahariana, donde el 45% de su población sufre un estado de pobreza radical³.

Reflexionando sobre estos datos, se puede entender como la sombra de las desigualdades se va extendiendo cada vez más en este mundo. En este contexto, África se presenta como un continente a la deriva: mujeres y hombres, de ese continente riquísimo en historia, han sido borrados del interés de la opinión pública.

2 Cfr. Banco Mundial: *World Development Indicators 1997*, Oxford University Press, 1997.

3 Cfr. Programme de Nations Unies pour le Développement (PNUD): *Rapport mondial sur le développement 1997*, ed. Economica, Paris, 1997; pp.23 y 37.

¿Quién habla hoy de África? ¿Y para decir qué? ¿Por qué ocuparse y preocuparse por África? Sus productos ya no parecen ser indispensables; la falta de infraestructuras no favorece las inversiones y el comercio; su mano de obra no alcanza la formación requerida por los sectores industriales tecnológicamente avanzados. Sus maravillosos países son demasiado peligrosos e inseguros políticamente para atraer las inversiones de la industria del turismo.

Sin embargo, cabe preguntarse también, si podemos considerar a África simplemente como un lugar desesperado, patria de enfermedades incurables, odios tribales, problemas no resueltos.

Quien ha vivido algún tiempo en el continente, sabe que la respuesta a todas estas cuestiones es NO.

Existe sí, un continente africano dolorido, donde la vida resulta difícil por las guerras y los odios étnicos, donde las condiciones económicas son imposibles, donde se cuentan millones de prófugos por motivos políticos o económicos, miles de personas que no pueden regresar a su hogar, que sufren la lejanía de su tierra. Esta es el África de la gente que no tiene patria, ni comida; de la gente que lo perdió todo... hasta su dignidad. Es el África que no cuenta, que no vale nada en el circuito de la organización y distribución de la riqueza y de los intereses.

Sin embargo, existe también otra África, mejor dicho: otra cara del mismo continente. Antes que por las estadísticas, África está compuesta por gente que cada día, aunque en medio de enormes dificultades, busca formas y razones para seguir adelante; hombres y mujeres que luchan para que se pueda repetir el milagro cotidiano de lograr sobrevivir y organizarse. Lamentablemente se conoce muy poco ese maravilloso continente; su historia es ignorada, el mundo occidental prefiere olvidar un pasado en el cual fueron demasiadas las culpas: los 20 millones de esclavos, el robo de las riquezas artísticas y mineras, la rápida carrera hacia su colonización, la creación arbitraria de

países y fronteras según los intereses de las distintas potencias europeas.

Si se observa con atención el mapa del continente, se puede notar cómo los confines fueron trazados donde chocaban los intereses de las potencias coloniales, separando grupos étnicos, lingüísticos, políticos y religiosos que tenían un concepto de nacionalidad (las tribus) muy distinto del nuestro, pero no por eso menos importante y digno de respeto.

Es un deber y una responsabilidad cuestionarse seria y profundamente sobre la realidad de ese continente, sus problemas, sus expectativas y sobre las enormes posibilidades que puede ofrecer, cuando sea insertado correctamente y a título pleno, en un contexto internacional que valore e impulse el desarrollo de las potencialidades de cada pueblo y cada región del planeta.

Con mi exposición sobre algunos aspectos concernientes a la realidad y a las expectativas del continente africano, quisiera contribuir de alguna manera, a que nuestra reflexión sea más seria, nuestro compromiso más auténtico y nuestra solidaridad más concreta. Pero sobre todo, que nuestra búsqueda apasionada de la justicia para todo hombre y para todo pueblo sea uno de los valores fundamentales de nuestras luchas, militancias o creencias religiosas.

A partir de las experiencias y los viajes que tuve la oportunidad de hacer en los años en que viví en algunos países francófonos de África, trataré de hacer algunas consideraciones y destacar algunos datos importantes para entender algo de lo que la gente en África está viviendo. Quizás esto pueda resultar útil para tratar de entrever hacia dónde este continente está caminando y buscar la forma de fomentar una acción seria, auténtica y concreta de ayuda a estos pueblos.

Trataré además de poner en evidencia los proyectos de algunas comunidades eclesiales, que desde muchos años trabajan duramente para la promoción humana y el desarrollo de los pueblos africanos, a través de micro-realizaciones que quizás

sean hoy el mejor indicador de que, a pesar de las dificultades, “algo se mueve” en la sociedad civil africana.

Situaciones insostenibles

Aunque la pobreza no dependa de las estadísticas, estas últimas pueden ayudarnos a entender y sobre todo a reaccionar frente a las contradicciones en que vive nuestro mundo tecnológicamente tan avanzado. Nadie elige ser pobre –excepción hecha por ciertas opciones estrictamente religiosas–; así como nadie quisiera ver a su propia familia vivir y morir en la miseria o perder su dignidad personal. Tendrá que existir una razón por la cual pueblos enteros, que hasta hace unos años vivían en condición decorosa, ahora viven con la angustia de buscar la forma de sobrevivir.

¿Cómo podemos quedarnos impasibles frente al hecho de que el 20% de la humanidad detenta un rédito 150 veces superior al del 20% más pobre del planeta? El último informe de UNICEF sobre la niñez es asombroso cuando nos revela que en el mundo se gasta más para jugar al golf (40 mil millones de dólares) que para la realización de políticas sociales destinadas a los niños (34 mil millones de dólares).

“El Fondo Monetario Internacional (FMI) tendría que ser bautizado Fondo de la Mortalidad Infantil, comentaba el director de un hospital africano. Después de las visitas del FMI los niños de nuestros países empiezan a morir”.

He querido destacar estos dos datos chocantes, para plantearnos la pregunta que desde hace un tiempo algunos economistas y sociólogos se hacen: ¿podemos decir que los famosos “planes de ajuste”, impuestos por el FMI y el Banco Mundial a los países en vía de desarrollo, han llevado a África a una situación mejor? La respuesta de los análisis parece ser negativa.

Según los datos de las citadas instituciones, “los resultados

en África en 1996 han sido particularmente esperanzadores”⁴ y si las cosas siguen de esa manera, nada más fácil que la región subsahariana conozca a su vez el “milagro” económico de Asia⁵. No cito estas expresiones como una ironía inútil, dado que después de poco tiempo, el mercado de los jóvenes tigres asiáticos ha fracasado, sino más bien para cuestionar cierta forma de hacer estadísticas, sin tomar en cuenta la realidad efectiva.

El PNUD, en su informe sobre el desarrollo de 1997, ha tratado la cuestión con mucho más cuidado, admitiendo el fracaso de las políticas de ajuste que han obligado a muchos estados africanos a tomar medidas impopulares y restrictivas, respecto de las políticas sociales. Dice el informe del PNUD: “Entre 1981 y 1989, se ha notado en los países de África subsahariana una baja acumulada del 21% del Producto Interno Bruto (PIB) real para cada habitante. Esta rebaja ha tocado al mismo tiempo los países con programas de ajuste estructural como los demás. La rebaja más fuerte ha sido observada en Gabón, en Nigeria y en Costa de Marfil (...). También en los años 90, cerca del 32% de las personas que viven en la región, no deberían alcanzar la edad de 40 años”⁶.

Salir del ciclo infernal de la deuda

Aunque haya devuelto ya dos veces el monto de su deuda externa entre 1980 y 1996, África se encuentra endeudada en la actualidad tres veces más que hace 16 años: en 1996 debía a sus acreedores 235.000 millones de dólares, respecto a los 84.000 de 1980. Mientras tanto, ha versado en las cajas de las

4 FMI: *Informe sobre las perspectivas de la economía mundial*, citado por *Financial Times*, 14 de mayo de 1997.

5 Cfr. Banco Mundial: *World...*, op.cit.

6 PNUD: *Rapport mondial...*, op.cit., pp. 35 y 26.

instituciones acreedoras 170.000 millones de dólares para satisfacer a los llamados “servicios” de la deuda (intereses y pequeña parte del capital). Un servicio que le cuesta cada año, cuatro veces el presupuesto de salud y educación⁷.

Para dar un ejemplo: en Zambia, entre 1990 y 1993, el gobierno ha invertido 37 millones de dólares en la enseñanza primaria y ha pagado 1.300 millones por servicios de la deuda. Es decir que por cada dólar invertido en la enseñanza primaria, el gobierno paga 35 dólares al club de los países ricos.

Después de quince años de políticas de ajuste estructural, el fracaso de las mismas golpea a la puerta. En 1995, África subsahariana representaba solamente el 1% de las inversiones directas extranjeras en los países en vía de desarrollo. Por otra parte, el flujo de los capitales desde África hacia los países industrializados es más importante que el de los mismos países hacia África.

Cuanto más arraigado es el estado de pobreza de un país africano, más grande resulta ser la parte de su deuda con las instituciones financieras internacionales: 79% para Burundi, 81% para Ruanda, 77% para la República Centroafricana, 61% para Guinea Bissau, 77% para Uganda⁸. Es por eso, que una parte considerable de la ayuda pública al desarrollo, concedida por los países del Norte, es de inmediato utilizada para pagar los servicios de la deuda a las instituciones financieras internacionales.

El total de la deuda externa de los países de África subsahariana, donde vive más del 10% de la población mundial, representa una cifra inferior al 1% de las deudas en dólares en el mundo. Si se toma en serio el costo social de esta deuda, el rechazo a anularla equivale al rechazo a llevar asistencia al 10% de la humanidad en peligro de muerte.

7 Cfr. Daniel Commane et Eric Toussaint: *La dette: ce nouvel esclavage de l'Afrique*, Bruxelles, 1995, p. 91.

8 Cfr. PNUD: *Rapport mondial...*, op. cit., p. 68.

Creo que es correcto –dada la situación que estamos analizando– hablar de la deuda externa como una nueva forma de esclavitud para el África del siglo XXI. El año pasado Monseñor Monsengwo, Obispo de Kisangani en Zaire, en el curso de una conferencia en Roma, ponía el acento sobre el ciclo perverso de la deuda al cual están sometidos los países pobres: una parte consistente de los capitales “prestados”, en realidad nunca deja los bancos acreedores, ya sea para cubrir los servicios de las deudas anteriores, ya sea para pagar material, tecnología y mano de obra occidentales que trabajan en programas del Estado o del ejército o simplemente porque parte de esa ayuda, toma el camino de las cuentas más o menos privadas de algunos representantes de los países beneficiados. Al final, poco o nada llega realmente a la base. Y como si no fuera suficiente, ese dinero termina por ser “reciclado” dos, tres, cuatro veces en nuevos préstamos, inflando así con el mismo capital la deuda de esos países, fenómeno típico de la usura más despiadada.

Todos estos años de políticas de ajuste, han dado frutos económicos y sociales demasiado reducidos, en comparación con el costo social que los pueblos africanos han tenido que pagar. Se impone, a esta altura de los acontecimientos, una reflexión seria sobre los datos macro-económicos y micro-éconómicos al mismo tiempo. Creo, además, que antes que hacer un discurso de solidaridad hay que hablar en primer lugar de un compromiso hacia la equidad.

En su reflexión del *Angelus* del 1° de marzo pasado, Juan Pablo II ha vuelto una vez más al espinoso tema de la deuda externa de los países en vías de desarrollo, lanzando la propuesta de “aprovechar el actual momento histórico, en que nos preparamos para el gran Jubileo, como tiempo oportuno para una consistente reducción, si no fuera para la total anulación, de la deuda internacional que pesa como una enorme piedra sobre el destino de muchas naciones. Que las instituciones políticas y económicas incrementen sus esfuerzos para llevar a cabo solu-

ciones justas, privilegiando aquellas en que las mismas poblaciones cooperan, siendo parte activa en el desarrollo de sus países”⁹.

Estrategias geopolíticas, transiciones democráticas, tragedias humanas

En la última década, hemos asistido a un proceso de cambio en muchos países de África, un cambio que en algunos casos, ha pasado por experiencias trágicas y violentas. El espectáculo que los canales de televisión nos han mostrado, ha golpeado la conciencia de las naciones occidentales de distintas maneras: en varias oportunidades ellas no han querido tomar partido y en otras se han involucrado de una forma dudosa.

Años de interminables guerras civiles han llevado a la ruina países enteros: Etiopía, Somalia, Mozambique, Angola, Liberia, Sierra Leona, Uganda, Ruanda, Burundi, Congo-Kinshasa, Congo-Brazzaville. Estas guerras fratricidas han procurado cientos de miles de muertos, millones de refugiados, ciudades y aldeas destruidas, enfermedades y hambre para poblaciones enteras, grandes regiones abandonadas, a los llamados “señores de la guerra”. Muchas de estas situaciones hacen pensar en una vuelta al pasado, cuando hace treinta años, después de la independencia, muchos países africanos se encontraban en manos de mercenarios, a quienes no les importaba de ninguna manera el bienestar y la paz de la gente.

Por otro lado, el odio tribal parece no terminar nunca: el conflicto entre hutu y tutsi en Ruanda Burundi y Zaire, ha traído como consecuencia un genocidio de proporciones espantosas. Todos tenemos todavía en la memoria las imágenes

⁹ Juan Pablo II: *Angelus*, En: *L'Osservatore Romano*, 2-3 marzo 1998, p. 1.

tremendas de ese genocidio, así como las lágrimas de impotencia de muchas mujeres y hombres que habían dedicado sus vidas para ayudar a esa gente pobre y que ahora tenían que dejar la región declarando su fracaso.

En el curso de mi estadía en África presencié un golpe de estado en Chad y un cambio de poder en Congo-Brazzaville. Siempre fue muy difícil vislumbrar qué era lo mejor para la población; así como siempre había que asistir a matanzas y venganzas despiadadas.

La lucha por el poder no atañe solamente a algunos individuos, sino que involucra a tribus y poblaciones enteras que ponen en el poder todas sus esperanzas. Como escribe Giovanni Tebaldi en su libro *África: los días del éxodo*, “*el poder acaparado por una oligarquía tribal ligada por vínculos de sangre e intereses comunes, asume a veces, las características y las proporciones de una repartición clientelar reglada por la ley del intercambio, en base a la cual el consentimiento será pagado con favores económicos, con cargos importantes y con concesiones*”¹⁰.

Echando una mirada, aunque rápida, sobre el itinerario de la geopolítica africana en este último siglo, se puede observar una especie de parábola desde Berlín hasta Berlín: desde la Conferencia de Berlín de 1884, en la cual las potencias coloniales de aquella época tratan de poner en un marco jurídico internacional la ocupación de África y trazan de manera arbitraria los confines de los países, ocupándose exclusivamente de sus intereses o conflictos de competencia, hasta la caída del muro de Berlín en 1989, que involucra también al continente africano.

El final de la guerra fría y la consiguiente desaparición del equilibrio entre los dos bloques contrapuestos – EE.UU. y Unión Soviética – pone en movimiento dinámicas políticas nuevas en África. Después del tiempo de la colonización, los

10 G. Tebaldi: *Africa: i giorni dell'esodo*. Roma: Borla, 1997. p. 90.

treinta años de la independencia, parecen caracterizarse por dos fases en las cuales el punto discriminante resulta ser la caída del muro de Berlín. Escribe Tebaldi: *“Hablar o escribir sobre África hoy se ha vuelto una aventura no menos difícil que aquella de los exploradores. Las pistas del pasado han sido abandonadas por ser impracticables y no se han abierto nuevas. La vieja dicotomía entre África progresista y África liberal, bajo el paraguas occidental, ha sido arrastrada con los escombros del muro de Berlín, y hoy África, despojada de todas sus máscaras, busca con dificultad su perfil (...) Hoy muchos se dan cuenta que el punto inicial tenía que ser otro, es decir, la superación del tribalismo, que con sus divisiones y contraposiciones no sólo destruye los cimientos de la civilización africana, sino también los hombres que la construyeron (...) Los contrastes y las luchas étnicas que aún existen y se agrandan como una mancha de aceite, demuestran que estamos frente a un mundo en fragmentación o, si se prefiere, en transformación”*¹¹.

El Sínodo Africano –que después de un largo trabajo de reflexión en el continente concluyó con una Asamblea General en Roma en abril de 1994– puso el acento en la mala gestión de los treinta años de independencia, que produjo una situación muy compleja en el presente. Frente a todo esto, el Sínodo evidencia dos aspectos: por un lado –se lee en la primera parte de la exposición– *“en casi todas las naciones hay miseria espantosa, mala administración de los escasos recursos disponibles, inestabilidad política y dificultad social. El resultado está bajo nuestras miradas: miseria, guerras, desesperación. En un mundo controlado por las naciones ricas y poderosas, África se ha vuelto prácticamente un apéndice sin importancia, muchas veces olvidada y descuidada por todos”*¹². Sin embargo, el Sínodo no se queda en

¹¹ *Ibidem*, p. 103

¹² Exhortación post-sinodal de la Asamblea de los Obispos por África: *Ecclesia in Africa*, n° 41.

el análisis de una situación catastrófica, sino que hace referencia a los “vientos de cambio” que desde el seno de muchas poblaciones y grupos, están comenzando un “proceso de transformación estructural y de participación en la vida social que puede garantizar el reconocimiento y la promoción de los derechos y de las libertades del hombre”¹³.

Hemos asistido en estos últimos años –y seguimos asistiendo– a un proceso que involucra muchos países del continente y que consiste en la llamada *transición democrática*. Es un proceso complejo, que en muchos casos se ha desarrollado según criterios y caminos distintos respecto a una teoría occidental de democracia. Sin embargo, se presenta como una fase interesante de efectiva transformación, no sólo de las estructuras políticas y de la sociedad civil, sino también de las esferas de influencia, de las alianzas y, por consiguiente, de las estrategias geopolíticas de regiones enteras.

Hay transiciones que en algunos países se han visto bloqueadas por situaciones internas de involución. Por ejemplo el caso de Nigeria: el gigante enfermo del continente, como muchos lo definen. Con sus 110 millones de habitantes, tiene riquezas enormes y sin embargo, es uno de los países más pobres. Uno de sus hijos, el escritor Wole Soyinka, quien recibió en 1986 el premio Nobel de Literatura, vive en exilio por su oposición al régimen militar que se impuso el día después de las elecciones democráticas de 1993: el general Sani Abacha encarceló al residente pelegido por el pueblo. En su visita a Nigeria del mes pasado, Juan Pablo II ha denunciado con fuerza los abusos de poder y ha hecho un llamado a la reconciliación nacional: “*Los nigerianos deben liberar a la sociedad de todo aquello que ofenda la dignidad de las personas y viole los derechos humanos. Esto significa superar las diferencias y las rivalidades étnicas y devolver*

13 *Ibidem*, n° 44

la eficacia, la competencia y la honestidad al arte de gobernar". Hablando además del proceso de transición pacífica hacia la vuelta a un régimen democrático, el Papa advierte: "No puede haber sitio para la intimidación y la dominación del pobre y del débil, para la marginación arbitraria de individuos y de grupos enteros por abuso de poder"¹⁴.

A propósito, me llamó mucho la atención una entrevista concedida a un periodista de *L'Osservatore Romano* por Monseñor Anthony Okonkwo, Obispo de Enugu, en la cual hacía un análisis muy lúcido de la situación de su país, y notaba cómo el período colonial "tuvo consecuencias negativas, en particular sobre la mentalidad y la estructura psicológica del pueblo". Pero los últimos treinta años, con pocas excepciones, se caracterizan por la mala gestión de los regímenes militares. Y comentaba: "Los gobiernos militares son una aberración del justo orden de las cosas. Desgraciado es el pueblo gobernado por militares, aun en el caso en que estos parezcan benévolos"¹⁵.

Por otra parte, sin lugar a dudas hubo experiencias de transición que llevaron naciones y pueblos a un lento camino hacia la libertad, la democracia, el desarrollo, el respeto de los derechos humanos. No hay que olvidar que los conceptos de individuo y de comunidad en África tienen matices distintos respecto a nuestra concepción occidental. Anota Tebaldi en su libro: "Contrariamente a lo que sucede en Occidente, donde la individualidad corre el riesgo de llegar a ser el individualismo más absoluto, en África prevalece siempre la dimensión comunitaria y solidaria sobre la individual: el individuo está puesto frente a sus imprescindibles deberes hacia la familia, la sociedad, el Esta-

14 Viaje del Santo Padre a Nigeria. En: *L'Osservatore Romano*, ediciones del domingo 22 y del martes 24 de marzo 1998.

15 *L'Osservatore Romano*, domingo 22 de marzo 1998, p. 4.

*do y las otras colectividades reconocidas, antes que a sus derechos y aspiraciones*¹⁶.

Detrás de esa tragedia infinita, que parece ser la situación en la región de los Grandes Lagos, si bien hay que denunciar el tremendo genocidio, el desinterés de la comunidad internacional al respecto, la arbitrariedad de los confines trazados por las potencias coloniales que no han sabido o no han querido tener en cuenta la realidad social, étnica y cultural de esos pueblos, el haberse aprovechado de la situación por parte de los “señores de la guerra”¹⁷; por otro lado, hay que decir que los acontecimientos mencionados parecen abrir perspectivas nuevas acerca de los equilibrios geopolíticos de la región.

Se está delineando un nuevo sistema geopolítico: como un “eje” que atraviesa África desde suroeste hacia noreste, del océano Atlántico hasta el Mar Rojo, y que incluye un número importante de países: Angola, Congo-Brazzaville, Congo-Kinshasa, Burundi, Ruanda, Uganda, Kenia, Tanzania, Etiopía, Eritrea. Son estados que cada vez más tratan de encontrar un camino común y un acuerdo bajo el perfil político-militar. Por otro lado, hacen hincapié en principios económicos típicos del liberalismo, con políticas de privatización y apertura a las inversiones internacionales.

La visita del Presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, el pasado mes de marzo, se coloca en el marco de esta nueva estrategia geopolítica, que cruza sus intereses con la vieja hegemonía de las potencias coloniales europeas, en particular de Francia, que está buscando un rol protagónico distinto respecto al que tuvo en la época de la guerra fría¹⁸. Hay también otros

16 G. Tebaldi: *Africa...*, op. cit., p. 109.

17 “La lucha por el poder no involucra solamente a los individuos, sino que arrastra detrás de sí tribus y poblaciones enteras, que ponen en el poder sus esperanzas”; *ibidem*, p. 90.

18 Acerca de Francia, algunos analistas se preguntan que pasará después de los fracasos que su política sufrió en Ruanda, apoyando militarmente a los

actores que se mueven en el escenario de África subsahariana: los países árabes, las instituciones financieras (BM, FMI), las Organizaciones No Gubernamentales (ONG).

La visita de Clinton, sin embargo, se coloca en el marco de la búsqueda de una nueva política por parte de EE.UU. respecto de África. Se trata de una visita histórica; solamente Jimmy Carter en 1978 había visitado Liberia y Nigeria¹⁹. En doce días ha visitado seis países de distintas regiones e influencias: desde Ghana y Uganda, pasando por Sudáfrica, hasta llegar a Senegal. Entre las finalidades de la visita, algunas parecen llamar la atención de manera particular: la difusión del modelo norteamericano de democracia y defensa de los derechos humanos y al mismo tiempo el lanzamiento de una ola de inversiones de capitales y de comercio con esos países.

Hubo momentos de gran intensidad en el curso de la visita, como por ejemplo el discurso de Clinton en Kampala y en Kigali, donde pidió perdón por las tres culpas históricas de Estados Unidos con respecto a África: la esclavitud, la explotación de muchos Estados africanos en el curso de la guerra fría y el no

hutus en la época del genocidio, y en Congo-Kinshasa. Si por un lado Francia sigue siendo el mayor contribuyente en lo que concierne a la asistencia al desarrollo en África (0,55% de su PIB), su influencia –hasta hace un tiempo muy fuerte– ha ido disminuyendo dramáticamente desde el fracaso del régimen de Mobutu.

“El pasaje del poder a las manos de Laurent Kabila cierra una red de amistades y alianzas que van desde Angola hasta Eritrea; de ellos se espera el intento de dar nueva forma al continente a través de una imagen propia, borrando el mapa colonial trazado en la Conferencia de Berlín por las potencias europeas en 1884”; James Brew: “La Francia si sta allontanando dall’Africa?”, En: *Africanews*, edición italiana, marzo 1998.

19 La breve estadia de George Bush en Somalia, en el marco de la campaña de los marines “restore the hope”, tenía como fin el de animar a las tropas norteamericanas, que en el intento de “restablecer la esperanza” con las armas, perdieron la propia...

haber querido reconocer el genocidio que se estaba consumiendo en Ruanda y Burundi, con el consiguiente rechazo a la intervención. Ha sido un *mea culpa* valiente, pero sin el cual no se hubiera podido llegar a los fines mencionados de la visita.

Dos momentos fueron muy importantes a mi parecer: la cumbre de Jefes de Estado en Uganda, donde vió la luz la “Declaración de Entebbe de paz y bienestar” y el encuentro con Nelson Mandela y Thabo Mbeki, presidente y vice-presidente de Sudáfrica. En la cumbre estaban los presidentes de los países del “eje” que acabo de mencionar; allí se echaron las raíces de una nueva sociedad (*partnership*) entre EE.UU. y estos países geopolíticamente importantes e inestables de la región subsahariana. Además el manifiesto de Entebbe sanciona tres puntos importantes: el principio de la inviolabilidad de los derechos humanos y de la democracia en el continente; la integración de África en la economía global; y la denuncia de todo genocidio junto con el compromiso para eliminarlo y prevenirlo. La cumbre además reconoció que no había un “modelo fijo” de democracia y, por su parte, Clinton subrayó que “*quizá la mayor equivocación que hemos cometido es el pecado del descuido y la ignorancia*”²⁰.

El encuentro con Nelson Mandela ha sido también un momento muy importante, que ha equilibrado ciertas vehemencias norteamericanas respecto a la finalidad del viaje: atraer a la órbita de influencia norteamericana la región subsahariana del continente: “*De Ciudad del Cabo a Kampala, de Dar es Salaam a Senegal, la democracia se refuerza, el comercio aumenta y la paz progresa. Es el momento de diseñar un nuevo mapa de África. Es verdad que África tiene todavía necesidad del mundo, pero*

20 Renwiek Mclean. “El Presidente de EE.UU. envía desde Uganda un mensaje integrador a los afroamericanos”. En *El País*, 25 de marzo 1998.

*más que nunca es igualmente cierto que el mundo tiene necesidad de África”, decía Clinton en su discurso*²¹.

África necesita tanto de la ayuda como de los intercambios comerciales y la asistencia en muchos sectores es todavía indispensable para su desarrollo, fue la primera respuesta de Thabo Mbeki a Clinton. Hay que aprender a tener en cuenta las dos caras del continente. La nueva filosofía norteamericana de sustituir “ayuda por comercio” no es bien vista por los líderes africanos²².

Por su parte, Mandela ha dado una lección de política contemporánea a Clinton, cuando en su discurso ha puesto el énfasis sobre el hecho de que EE.UU., como líder mundial se verá realzado sólo cuando sepa abandonar la amenaza del recurso a la fuerza y utilice más el arte de la negociación. Mandela se refirió de manera especial a su amistad con Cuba, Libia e Irán: *“Hago esto – son palabras tuyas – porque nuestra autoridad moral nos dicta que no podemos abandonar a aquellos que nos han ayudado durante los momentos más sombríos de la historia de nuestro país. Nos facilitaron tanto los recursos como la instrucción para luchar y ganar”*²³.

21 El País, 26 de marzo 1998

22 Clinton terminó por dar su adhesión a aquella línea de la diplomacia comercial que está ganando cada vez más adeptos en EE.UU., y que se basa sobre la máxima “Trade, not Aid”. Parece todavía muy irreal el pedido de apertura de los mercados, que en muchos países africanos ni siquiera existen. Hay Estados en el continente que son muy frágiles como consecuencia de una década de ajustes estructurales, que tienen economías sin capitalistas ni mercado interno. ¿Como podrá colocarse en la espiral, a veces mortal, de la economía global?

Si EE.UU. constituyen por un lado el segundo partner comercial de África, no tenemos que olvidar que el valor de sus exportaciones representan menos de la mitad del de la Unión Europea. El total de la ayuda pública otorgada por Washington es débil respecto a las necesidades y en relación a los créditos otorgados por Francia y la UE.

23 “Mandela pide a Clinton que se siente a negociar con Cuba, Irán y Libia”. En: *El País*, 28 de marzo 1998.

En su largo camino hacia la libertad, después de muchos años de cárcel, Mandela quiere que los poderosos de la tierra aprendan a sentarse alrededor de una mesa de piedra, para hablar de paz con sus enemigos. Es un aspecto importante del ánimo africano, que hay que tomar seriamente en cuenta²⁴.

Si por un lado el presidente de Sudáfrica impuso a Clinton la más alta distinción de su país – la Orden de Buena Esperanza (el último condecorado con esta orden fue Gaddafi) –, por otra parte no ahorró al presidente de EE.UU. sus críticas y reservas acerca de la propuesta de ley, lanzada por Clinton, sobre “crecimiento y oportunidades para África”, rechazando de esta forma el nuevo modelo de relaciones que Clinton quiere instituir entre África y EE.UU., basado en su mayor medida en los intercambios comerciales y menos en las ayudas directas a los países que la necesiten.

Mandela se hizo así eco del temor de varios gobiernos africanos acerca de la mencionada política norteamericana respecto al continente; y además se hizo intérprete de las expectativas de muchos pueblos africanos, que se traducen cada vez más en una invocación: autodeterminación para cada pueblo, posibilidad de vivir según sus propios deseos, dominio de su propio destino.

24 La postura de Mandela frente a Clinton me hace recordar una opinión del escritor nigeriano Wole Soyinka: “Ningún país puede arrogarse derechos especiales respecto a otros países. Sin embargo, cada país guarda un deber de fidelidad a su historia específica y única. Si una nación debe su libertad al compromiso de otros países o pueblos solidarios en los momentos decisivos en la lucha por la liberación, entonces esta nación tiene deberes hacia quien la ayudó. El destino y la historia de un pueblo no se viven nunca en aislamiento, más bien en un contexto preciso” (de una entrevista a la revista *Nigrizia*, n° 3, 1998).

Búsqueda de caminos de esperanza

Después de haber tratado en líneas generales la situación socio-económica del continente africano, sus dramas y las expectativas en que los pueblos de esos países se encuentran, quisiera ahora analizar algunas experiencias y algunas micro-realizaciones que pueden considerarse como verdadera semilla de esperanza para el futuro del continente y de sus pueblos.

Por supuesto, son muchísimos los organismos y las instituciones que trabajan en África de una forma muy interesante y adaptadas al nivel de vida y de cultura de los pueblos de las regiones subsaharianas. Quiero limitar mi horizonte y mi análisis a unas pocas experiencias que tuve la oportunidad de conocer y que pueden darnos una idea de cómo se podría incrementar el apoyo y la ayuda al desarrollo social, económico, cultural y religioso, para que a problemas y expectativas africanas, tratemos de buscar soluciones africanas²⁵.

Las iglesias al servicio del hombre y de la mujer en África

En las últimas dos décadas las iglesias de muchos países africanos han festejado los cien años desde el comienzo de la evan-

25 Al respecto quisiera llamar la atención sobre un estudio de una socióloga de Camerun, que desde unos años está llevando adelante un análisis de los problemas del continente africano a partir de una correcta asunción de las responsabilidades y una denuncia de los errores de todos: de afuera del continente y de adentro. Se trata del libro de A. KABOU: *E se l'Africa rifiutasse lo sviluppo?*, L'Harmattan Italia, Torino, 1995. En el mismo la autora denuncia el ocultamiento por parte de los africanos de sus responsabilidades respecto al sub-desarrollo. No es una casualidad el hecho de que sea una mujer la que denuncia esta realidad, en un mundo donde la mayoría de los intelectuales hombres se obstinan en reducir el desarrollo del continente a debates acerca de las sombras de los "enemigos". Axelle Kabou termina su trabajo afirmando: "África del siglo XXI o será racional o no será"!

gelización en la región subsahariana del continente. Distinta es la historia de África mediterránea, que fue cuna del cristianismo, con sus comunidades vivas y profundamente arraigadas en el tejido humano y social de la región. Es suficiente citar unas pocas experiencias para darse cuenta de la importancia en la historia del cristianismo de las comunidades africanas: San Agustín y su comunidad de Hipona, San Antonio y la experiencia de los monjes, San Atanasio, Padre de la Iglesia.

No se puede ocultar que el proceso de evangelización del continente lleva consigo luces y sombras. Después del paréntesis de la llamada “iglesia de los reinos del Congo” evangelizada por los padres capuchinos portugueses e italianos entre los siglos XVI y XIX²⁶, la repartición de las propiedades africanas establecida por la Conferencia de Berlín, ha desplegado su influencia no solamente sobre los acontecimientos sociales y políticos del continente, sino también sobre la dinámica de la misión evangelizadora. Desde el comienzo se encuentra una tendencia casi feudal de los gobiernos coloniales a favorecer y dar protección a las congregaciones misioneras de su propia patria, delineando así un continente que se va diferenciando según el idioma europeo que se habla, las costumbres y las tradiciones distintas. Fundamentalmente se puede hablar de tres influencias principales, ligadas a los idiomas de las tres naciones coloniales más importantes: Francia, Inglaterra y Portugal.

“La evolución de la Iglesia africana –escribe Tebaldi– es variada como los pueblos, las culturas, las vicisitudes históricas del continente; cada una lleva dentro de sí un ADN inconfundible que la diferencia y, por otra parte, la asocia a las otras. La distinción entre iglesia lusófona, francófona y anglófona, moldeada sobre la triple colonización, ya no está para indicar realidades distintas,

²⁶ Para mayor información, se puede consultar la obra de T. Filesi: *San Salvador. Cronache dei regni del Congo*. EMI, Bologna, 1974.

*autónomas e independientes, sino para subrayar la distinta derivación de iglesias llamadas a cumplir con el mismo mandato de la evangelización y promoción humana, con el estilo propio de cada una*²⁷.

Cuando el Papa Pablo VI, en el curso de su viaje a Uganda en 1964 beatificó a los mártires ugandeses, desde el lugar del martirio de aquellos jóvenes, pronunció una expresión muy fuerte con la cual reconocía a la iglesia africana el derecho a existir y obrar autónomamente: “Ahora ya serán misioneros de ustedes mismos”. Signo ésto de un camino de transición desde una iglesia de las misiones a una iglesia en estado de misión, que actúa en un continente en transición, tratando una difícil mediación en el proceso de desarrollo social, político y cultural de los distintos países. Así se expresó también el Sínodo para África de 1994²⁸.

Preguntarse acerca del rol de las iglesias en un continente africano en transición, equivale a preguntarse en general, sobre el rol de la iglesia frente a las distintas situaciones del mundo. Es decir: el problema principal que en estas décadas muchas iglesias africanas y misioneras han tratado de analizar, concierne al tan importante como urgente tema de la *inculturación*. Y éste ha sido uno de los argumentos más frecuentados por el Papa Juan Pablo II en el curso de los muchos viajes en la casi totalidad de los países africanos: *inculturación* no consiste en un simple maquillaje del mensaje evangélico en su contacto con las culturas y tradiciones africanas; se trata más bien de la misma identidad de las iglesias que se expresa en sus formas de creer, amar, celebrar, escuchar, comunicar. La asunción en la liturgia de la iglesia católica de los ritos y cultos desarrollados por las iglesias locales es un primer signo de

27 G. Tebaldi: *Africa...*, *op. cit.*, p. 138-139.

28 Cfr. “I lavori dell’Assemblea speciale per l’Africa del Sinodo dei Vescovi”. En *L’Osservatore Romano*, II, 1994, p.28-29.

este trabajo de atención y sensibilidad hacia todo lo que es característico de la profunda religiosidad y espiritualidad de la mujer y del hombre africano.

Durante los años de mi permanencia en el continente y en el curso de muchos viajes en Congo-Kinshasa, Congo-Brazzaville, República Centroafricana, tuve la oportunidad de gustar de cerca la belleza estética y el dinamismo cultural de las celebraciones litúrgicas: momentos centrales de la vida de los pueblos, de sus vivencias y su sentido de la fiesta, de la búsqueda de caminos de liberación de la opresión que en muchos casos sufren. La expresión artística con la cual viven el canto, la danza, la oración, el sentido de la trascendencia, caracteriza a los pueblos africanos como pueblos arraigados al valor sagrado de la vida y de la madre tierra.

Hoy muchas congregaciones religiosas presentes en el territorio africano se interrogan acerca del rol de la mujer y del hombre misioneros en África en la actual coyuntura social, cultural, económica y política. Los religiosos que evangelizan, así como los laicos que hacen voluntariado, han tomado conciencia que ser misioneros en el sur del mundo, implica cambios de mentalidad y de forma. No son suficientes los esquemas aprendidos en los cursos; el proselitismo puede considerarse ya un capítulo cerrado (por lo menos para las iglesias; distinto sería el discurso sobre las sectas); la yuxtaposición entre Evangelio y culturas locales no es fructífera si no se tiene siempre presente la preocupación de entender, compartir, escuchar a los pueblos y las culturas.

Según mi parecer, lo que falta en la forma de relacionarse con el mundo africano, es creer mucho más en las mujeres y los hombres que allí se encuentran. Gente muchas veces marcada por la miseria, herida en su dignidad, alejada de sus raíces sociales y culturales, excluida además de todo proyecto económico y social, condenada a veces a no existir. Pero gente que a pesar de todo sigue luchando, sigue resistiendo; impartiéndonos una

lección de lo que es verdaderamente esencial, humano, en la óptica de la vida y de la solidaridad.

Muchas veces esa gente sufre por el hecho de que hoy lamentablemente, la pobreza ha sido separada de la injusticia; de manera que un nuevo código moral se va implementando en este fin de milenio; un código que en lugar de condenar la injusticia parece más bien condenar el fracas. Por tanto se impone para las iglesias en África el reto de empezar de nuevo por los excluidos, por los que no tienen acceso a la mesa del bienestar, por las mujeres y los niños que constituyen una clase inferior aún entre los excluidos.

El desafío que las iglesias africanas han aceptado en este fin de siglo, es creer en la importancia de invertir bienes y personal en el ámbito de la educación y de la formación. Las cosas en el continente no pueden cambiar con propuestas y teorías que lleguen del exterior; hace falta trabajar desde adentro: aprender de una vez a caminar al lado de estos pueblos que se caracterizan por su eterno caminar. “Caminante no hay camino, se hace camino al andar”, decía el poeta. Vale también para las iglesias en África. Durante las clases que dí en los cursos de Teología en N'Djamena y Bangui, me asombré por la cantidad de profesores de muy buen nivel intelectual: jesuitas que habrían podido enseñar en la Sorbona de París dedicaron años de estudio e investigación para redactar gramáticas y diccionarios en los idiomas locales y crearon ONG'S que fueron transformando zonas del desierto del Sahara en jardín.

Junto con las iglesias africanas los gobiernos también han querido aceptar el reto de la educación, concientes de que un hombre, una mujer, un pueblo que no tenga un buen grado de educación y formación, vive una situación de exclusión y de pobreza que a veces duele por lo menos como el hambre. Escribe Tebaldi: *“Notable ha sido el esfuerzo sostenido por parte de los nuevos gobiernos subsaharianos para asegurar la escuela primaria a todos los niños africanos: en la década del setenta el núme-*

ro de inscriptos, gracias a inversiones sustanciales en favor del sector educativo, subió del 40% al 79%. Sin embargo en los años 90 el aumento de la deuda y el impulso demográfico han llevado a los gobiernos a reducir la inversión en favor de la educación por debajo del nivel mínimo del 5%; por consiguiente ha disminuído el número de inscriptos hasta llegar al 70%. Para los próximos años, la difusión generalizada del estado de pobreza no parece consentir una inversión de tendencia en el sector educativo”²⁹. Si el análisis es verdadero – y parece serlo – quiere decir que el objetivo de “la educación para todos dentro del año 2000”, tomado conjuntamente por UNESCO, UNICEF, Banco Mundial y PNUD en la Conferencia Mundial de Bangkok en 1990, ha fracasado.

Esta situación además lleva consigo un estado de pobreza antropológica que va mucho más allá de la pobreza material. Consiste en privar al individuo de todo lo que constituye su ser y su dignidad. Cito una vez más a Tebaldi, que con sus veinte años de experiencia como docente en Kenia tiene una visión muy lúcida del problema: “*La lucha contra la pobreza tiene poco que ver con la acumulación o la transferencia de alimentos si el individuo que tendría que ser beneficiado, por voluntad suya o ajena, queda a la espera de que las migajas caigan de la mesa. Que se trata de un problema de vida o de muerte queda claro; sin embargo, es cierto también que se trata de un problema esencialmente humano, que no podrá resolverse sin la inserción del individuo en la sociedad y con políticas de integración social, tal como la educación, la formación profesional, el trabajo productivo, la cultura*”³⁰.

29 G. Tebaldi: *Africa...*, op. cit., p. 62.

30 *Ibidem*, p. 128.

Las iglesias africanas como factor de equilibrio y de mediación en el proceso de cambio

Si el continente africano se caracteriza –entre otras cosas– por sus contradicciones y sus desequilibrios, que en los años 90 han mostrado el lado más oscuro del ánimo de muchos pueblos, por otra parte, hay que tener en cuenta la dosis no indiferente de imprevisibilidad y de sorpresa que vuelve difícil, sino imposible, cualquier juicio exhaustivo sobre la situación. Después del genocidio en Ruanda, se alza cada vez más fuerte una ola de hombres, pueblos e instituciones que trabajan y luchan para que África pueda finalmente convencerse de que el odio tribal no lleva a ningún otro lado que no sea la autodestrucción y que cada guerra es volver al primer escalón del subdesarrollo.

El trabajo que las comunidades cristianas y sus representantes, han hecho en los últimos veinte años, se caracteriza también por un aspecto de mediación y de búsqueda de equilibrio entre las partes en lucha por el poder, en el marco del proceso de cambio de gobiernos postcoloniales a gobiernos hacia una mayor participación democrática. Muchas iglesias, aún pequeñas, han sabido proponerse como lugares de encuentro, de reconciliación, con un intenso llamado a la fraternidad y al perdón. Las Conferencias Episcopales de los distintos países han levantado su voz para denunciar la corrupción y la violencia de los gobiernos y de los “señores de la guerra”; han tratado de defender los derechos más pisoteados de los pueblos y de los más pobres entre ellos; han trazado además, líneas y orientaciones para emprender un camino de desarrollo social, de democracia verdadera, de promoción de la mujer, de valoración de las culturas autóctonas.

Un tema de particular interés en este contexto es el de las llamadas Conferencias Nacionales: verdaderas Asambleas que en muchos Estados han convocado todas las fuerzas de la sociedad civil y, en forma representativa, los distintos grupos tri-

bales del mismo país. Estas Conferencias han sancionado el ocaso de los Estados heredados de la colonización y han iniciado el camino hacia la democracia. En algunos países, fueron obispos católicos elegidos unánimemente como presidentes de dichas Conferencias Nacionales: Mons. Isidro de Souza en Benín, Mons. Basile Mvé en Gabón, Mons. Ernest Kombo en Congo-Brazzaville, Mons. Laurent Monsengwo en Congo-Kinshasa.

Personalmente he tenido la oportunidad de conocer dos de esos procesos. La posibilidad de contacto con Mons. Kombo y Mons. Monsengwo ha sido muy útil para entender la importancia de sus figuras: verdaderos jefes –en el sentido africano de la palabra– que saben representar con sabiduría a sus pueblos, buscando la forma de apaciguar los ánimos frente al deseo de venganza, trabajando duro para aclarar los procesos democráticos, mediando constantemente el aspecto religioso, como alma y punto de partida de las Conferencias. Gracias a estos obispos creo que se han podido evitar derrames de sangre y luchas que habrían martirizado aún más a pueblos y países, ya profundamente heridos.

Dice un estudioso africano que “*África aceptará hacerse cristiana en la medida en que el Cristianismo acepte hacerse africano*”³¹. Si en los orígenes del cristianismo está presente una relevante inculturación norteafricana del mismo, hoy nuevamente las iglesias están enfrentadas al desafío de analizar la propia realidad africana, juzgarla a la luz del Evangelio y asumir el compromiso de una acción que sepa privilegiar al hombre, en particular a los más desamparados. El Sínodo africano ha puesto en evidencia las dos almas de África: la que quiere atribuir la causa de todos sus males a la explotación del continente, desde la esclavitud hasta las multinacionales, pasando por la colonización y la que empieza a dudar de una lectura parcializada de

31 E. Mveng: *Identità africana e cristianesimo*, SEI, Torino, 1990, p. 83.

la realidad y se pregunta si no hay culpas internas también. Decía Mons. Hervé Itoua, obispo congolés, en el curso del Sínodo: *“Ha llegado el momento de mirarnos para hacer nuestro análisis, el análisis de toda África, para descubrir el origen de nuestra incapacidad, apatía, de nuestra pereza, de nuestro subdesarrollo, en fin, de nuestro destino”*³².

El importante y apreciado trabajo social de muchas ONG'S

“Mañana no es el huésped de hoy, sin embargo hay que guardarle su parte”, dice un refrán africano. La frugalidad tiene un lugar central en la vida social y económica de muchos pueblos africanos, que han aprendido a partir de la historia sufrida, a considerar la escasez como compañera de vida. La reacción frente al hecho de que sus sociedades se hayan constituido sobre la base de una falta potencial de bienes primarios, ha desarrollado un estilo de vida marcado por la sencillez y la sobriedad por un lado y por una ética del compartir y de la solidaridad por otro.

En muchos países del continente, la tradición cultural y religiosa predica que Dios no dona, sino que confía: ahorrar aún en los tiempos de vacas gordas es ley de vida, que desde la niñez cada miembro del pueblo tiene que aprender. *“La tierra no la heredaste de tus padres, sino que la tuviste en préstamo de tus hijos”*, reza otro refrán. Es por eso que los beneficiarios de la

32 *I lavori dell'Assemblea...*, op. cit., p. 76. Al respecto, la iglesia no puede olvidar, ni mucho menos ocultar, el hecho de que en el contexto de la situación trágica causada por el genocidio en Ruanda y Burundi, si por un lado hubo una gran mayoría que denunció las violencias y el exterminio –hasta muchos curas, monjas y Obispos pagaron con su vida– hubo también una parte que olvidó todo sentido evangélico y se lanzó en la defensa de sus tribus, con consecuencias que están a la vista de todos. El “mea culpa” de esas iglesias es importante para seguir adelante y preguntarse cual fue el fruto de años y años de evangelización.

madre tierra tratan de administrar con prudencia los bienes que se les ha confiado, pero que no les pertenecen.

Es una cultura de la tierra y de la vida, que tiene mucho para enseñar a los países desarrollados, que se creen los dueños de todos los recursos de nuestra tan generosa madre tierra. En la Conferencia de Río de Janeiro sobre el medio ambiente, se había hablado de la importancia de defender y proteger la biodiversidad; sin embargo parece que muchos países no han tomado en serio la urgencia de invertir la tendencia al pillaje del medio ambiente. El desarrollo puede definirse “duradero” en la medida en que las generaciones futuras podrán heredar un medio ambiente de calidad por lo menos igual al que nosotros hemos recibido de las generaciones anteriores.

Algunas poblaciones sencillas y pobres de África, parecen enseñarnos esta lección de una forma muy tajante. El principio de compartir, esencial en un contexto de penuria, rige todas las expresiones de la vida social de esta gente: el trabajo como la ganancia, los instantes de felicidad como aquello de dificultad. Además, esta forma de vida social funciona exclusivamente si en la base rige una **ética de la solidaridad**.

En muchos países del continente –sobre todo en la región del Sahel– uno de los problemas fundamentales es la falta de agua. En ese contexto, son muchas las organizaciones que trabajan para tratar de buscar soluciones a esa falta del así llamado, “oro azul”. Hace un mes, en una cumbre en París patrocinada por UNESCO, 600 expertos de 80 países han puesto el acento sobre la alarmante situación de la falta de agua en el mundo: 1.200 millones de personas sufren por eso; 26 son los países con graves problemas de déficit de agua, entre ellos muchos son africanos.

En el contexto de un trabajo equilibrado, entre explotación del medio ambiente y ética de la solidaridad, quisiera citar la experiencia de una ONG. Se trata de una Asociación Internacional (Lay Volunteers International Association – L.V.I.A.) de

hombres y mujeres que se comprometen en la sensibilización acerca de la dramática divergencia entre el mundo del bienestar y el mundo del subdesarrollo, denunciada por Pablo VI en su Encíclica *Populorum Progressio*, por los Documentos del CELAM de Puebla y Medellín y por la *Redemptor Hominis* y la *Centesimus Annus* de Juan Pablo II. Además, la Asociación tiene proyectos de cooperación en muchos países africanos, donde trata de obrar con los pueblos, buscando caminos africanos –no europeos– de desarrollo, de promoción de la mujer y del hombre, de liberación.

L.V.I.A. ha trabajado en los treinta y cinco años de su existencia y compromiso con África, sobre todo en el ámbito de la búsqueda de soluciones al trágico problema de la falta de agua en los países del Sahel. Una década entera de sequía en esa región (los años '70) ha dejado como consecuencia un ulterior empobrecimiento de los ya pobres pueblos que allí viven. Por eso, el primer objetivo de todas las intervenciones de esta ONG –en cooperación con las instituciones de las Naciones Unidas y los organismos de cooperación de algunos países– ha sido el problema del agua. Dicen ellos: “*Sin agua limpia, potable, ¿como se puede hablar de higiene, de buena salud, de vida? Sin agua, ¿como se puede hablar de irrigación, de agricultura, de ganado, de vida? Algunos están acostumbrados al agua mineral bien sellada en su botella o por lo menos a agua limpia, potable y cómoda de la canilla de la casa... Sin embargo, la Organización Mundial de la Salud estima que el 80% de las enfermedades que golpean nuestro planeta son causadas por el agua!*”³³.

A partir del lema “el desierto florecerá”, la Asociación ha construido miles de pozos en muchos países, enseñando a la gente del lugar a utilizarlos y mantenerlos, tratando además, de pensar en una forma de cooperación que no considere sólo la

33 L.V.I.A.: *Prima dtutto acqua*, ed. Arciere, Cuneo, 1995, p. 5.

relación Norte-Sur, sino también Sur-Sur. Trabajando con UNICEF y OMS, L.V.I.A. ha logrado implementar el “made in África”: es decir, la construcción en Senegal de los molinos de viento, con artesanos y técnicos africano y distribuirlos a otros países.

Agricultura: cultura de la tierra, tierra de las mujeres

Hace unos meses leí en una revista inglesa un artículo donde se subrayaba, como después de la década de los '70 con su tremenda sequía, los agricultores de muchos países se habían puesto a investigar con éxito cómo tratar de ganarle espacio al desierto y a las tierras áridas, con cultivos y formas de riego adaptadas a las condiciones climáticas. Esto quiere decir que África no puede definirse como el continente del hambre, sino el continente donde se muere de hambre.

Es todavía largo el camino hacia un desarrollo humano, pero hay muchos signos que dicen que se ha emprendido. África no es un caso desesperado, que conviene dejar o tratar como banco de prueba para las nuevas teorías sobre el desarrollo. Ese continente pide al mundo que le brinde asistencia atenta a las necesidades de la gente. Al mismo tiempo, hace falta que los africanos mismos empiecen a darse cuenta de sus recursos y uno de los principales es exactamente la agricultura.

Cuando se habla de agricultura en el África subsahariana no se puede evitar la conexión inmediata con la mujer. Según el Banco Mundial, el 80% de la producción agrícola es obra del trabajo de la mujer subsahariana y el porcentaje no incluye sólo el sector de la alimentación, sino también el de la transformación y comercialización de los productos. Escribe Tebaldi: “Es opinión común que sin el trabajo de la mujer, África hubiera desaparecido ya; sin embargo, la sociedad africana concede a la mujer márgenes de libertad y de autonomía todavía muy angos-

tos, relegándola a los niveles medios de escolaridad, en particular a partir de la escuela secundaria”³⁴.

La mujer sigue siendo tratada como un ser de segunda categoría en muchas zonas del continente, donde hay todavía prácticas rituales que la mortifican y la hacen cargar con sufrimientos que tendrá que llevar para toda su vida. Luchar contra esas prácticas absurdas no es fácil: ni de un punto de vista cultural, o religioso, o simplemente higiénico.

A pesar de todo, si hay una criatura que sabe dar signos de esperanza, que sabe luchar constantemente, que no se deja vencer fácilmente, es precisamente la mujer africana. Escribe Yvette Kouekou, Jefe de Oficina del Ministerio para la promoción de la mujer en Costa de Marfil: *“Los problemas de nuestro continente, que estuvo a un paso de su muerte, pesan sobre todo en los hombros de la mujer. El nivel de alfabetización es el más bajo del mundo: sólo el 41% de las mujeres sabe escribir contra el 60% de los hombres. Es siempre la niña quien tiene que ayudar a la familia, mientras que el niño juega. La mujer rural es la última en acostarse y la primera en levantarse. Por tradición, y a pesar de las leyes, no tiene propiedad sobre la tierra, aunque cultive más que los hombres. Sin embargo, la mujer africana tiene enormes potencialidades. En el curso de las elecciones en Costa de Marfil en 1995, la situación se puso tan peligrosa que la gente tenía temor a salir de sus casas para ir a votar. Fueron las mujeres las primeras en salir, y solamente después de ellas lo hicieron los hombres, y las calles se llenaron...”*

Es cierto que si a las mujeres se les reconoce el rol fundamental en cuanto a la supervivencia y al mantenimiento de las estructuras básicas de la sociedad africana, por otro lado sigue siendo demasiado exiguo el número de ellas presente en las estructuras dirigenciales políticas y económicas de los países

34 G. Tebaldi: *Africa...*, op. cit., p. 176.

subsaharianos. En las estructuras de las iglesias tampoco están ocupando el rol que deberían: se han hecho pasos importantes, pero el camino de una verdadera valoración y puesta en evidencia de las potencialidades de las mujeres es largo. Por otra parte, es muy importante que los hombres empiecen a reconocer y dar el justo valor a esa estructura básica matriarcal de la sociedad africana.

Conclusión

Llegando a la conclusión de nuestro análisis sobre la situación en que se encuentra el continente africano en este fin de siglo y de milenio, cabe destacar una vez más que no es fácil hablar de una realidad tan compleja, contradictoria e indescifrable a veces, como la que se está verificando hoy entre la mayoría de los pueblos africanos. Y tampoco para ellos parece ser una tarea fácil hablar de su historia, de sus raíces y de la realidad en que viven.

A partir de mi experiencia en África, siempre me impactó el contraste entre el valor supremo que aquellos pueblos dan a la vida y la brevedad del tiempo en que pueden gozar de la misma, o bien la calidad inhumana de vida que tienen que llevar adelante. “La vida en África dura los instantes de un sueño, y con ella las cosas que le han dado sabor. Suena casi irónico el ‘recuérdate que eres tierras’. En África, vida y muerte son anillos de la misma cadena: como se vive así se muere. Las migraciones hechan sobre sus caminos la semilla de miles y miles de desdichados. Los números no cuentan. Es la vida misma que se contorsiona, se apaga y, a veces, vuelve a nacer como la vegetación en la sabana”³⁵.

35 *Ibidem*, p. 183.

A pesar de las situaciones trágicas, de la cantidad de dificultades internas y externas para llegar a un desarrollo sostenible, a pesar de las contradicciones estridentes que el continente sigue soportando, de los treinta años de independencia en muchos casos mal administrada, África es candidata al desarrollo como todos los demás continentes. Antes que recurrir a la ayuda externa, tiene que mirar en su interior para descubrir y valorar sus mismos recursos humanos y sus capacidades reales en vista del desarrollo. Ya está emergiendo una nueva generación de jóvenes en el continente que rechazan las limosnas para reivindicar paridad de condición y de tratamiento en los ámbitos internacionales.

La cultura de la solidaridad y del compartir significa para ellos asumir las responsabilidades frente a los países que siguen mirando a África como al continente de la ignorancia, del subdesarrollo y de los inmensos recursos para explotar. En el concierto de las naciones, los pueblos africanos tienen que tener su lugar y su peso en las decisiones como en las políticas económicas y sociales.

En unos días, precisamente el 26 de abril, celebraremos los 150 años de la abolición de la esclavitud en las colonias francesas. ¡Qué deuda enorme tienen los países occidentales respecto a África por el pillaje durante casi cuatro siglos de generaciones enteras de mujeres y hombres del continente negro! ¿Y qué se puede decir de la otra deuda de Occidente, la que concierne al medio ambiente y a la explotación de sus recursos? ¿Que sentido tiene, entonces, sino el de la injusticia, seguir manteniendo e incrementando los servicios de la deuda externa de tantos países? Hay que denunciar claramente la inmoralidad del principio de responsabilidad colectiva sobre la deuda.

En su viaje a Sudáfrica del año pasado, hablando en Johannesburg el 17 de septiembre, Juan Pablo II decía: "África ha vivido una larga y triste historia de explotación por mano de otros. Hoy esta situación perdura con nuevas formas, que inclu-

yen el peso oprimente de las deudas, las inicuas condiciones del comercio, la descarga de deshechos tóxicos y las condiciones insostenibles impuestas por los programas de ajuste estructural”. Y en el curso del Sínodo hablaba también de las tantas contradicciones del continente, poniendo de relieve la presencia simultánea de una apertura a la vida y de los contrastes dramáticos entre amor y odio, ganas de vivir y terror, solidaridad y fratricidio, vida y muerte.

Sin embargo, no está dicha la última palabra sobre África. Hay una esperanza. Una esperanza que tiene una base sólida en su patrimonio riquísimo de valores presentes en la tradición y en las culturas africanas. Decía Juan Pablo II en su discurso a Nairobi, en Kenia, el 18 de septiembre de 1996: *“Pueblos y gobiernos de África son llamados a recurrir a toda su sabiduría en la tarea difícil y urgente de promover un desarrollo que no sea exclusivamente económico y material, sino que comprenda la edificación de una civilización fundada sobre el respeto de todos los miembros de la sociedad, para sus derechos y libertades, así como para la naturaleza espiritual de cada persona; una civilización basada sobre las mejores tradiciones de este continente, que sepa privilegiar las personas respecto a las cosas; una civilización que promueva comprensión, armonía y cooperación, dejando de lado las tendencias a la división”*.

Hay que valorar también la otra cara de África, representada por la gente que cada día, aún en medio de grandes dificultades, encuentra medios y razones de vida: el África del arte, de la música, de la poesía y de la danza. El África orgullosa de sus raíces y sus culturas. El África de la sociedad civil que sabe organizarse, resistir a las dictaduras, enfrentar a los “señores de la guerra” y que se obstina en proyectar un futuro distinto. No puede quedar a la deriva un continente habitado por hombres y en particular mujeres capaces de hacer milagros en condiciones a veces insoportables; no puede considerarse marginal un

continente habitado por mujeres así, verdadera esperanza de un mundo que tiene mucho que dar y decir.

En el encuentro entre los presidentes de Sudáfrica y EE.UU., Nelson Mandela –figura del viejo sabio africano– ha sabido presentar a Clinton un paradigma moral, político y cultural; ha destacado como el liberalismo desenfrenado no es la solución para los países africanos, ha rechazado el desarme aduanero como presupuesto de la libre competencia, porque sabe que la efímera capacidad de exportación de África sería destrozada por la máquina del capitalismo norteamericano. Escribía a propósito Sami Nair, en *El País* del 5 de abril pasado: *“En un momento en que lo conmemorativo se ha convertido en el prêt-à-porter cultural de todos los bienpensantes, ¿qué pasa con la deuda moral que el mundo occidental contrajo con África al esclavizar a la parte más viva de su población? No se trata aquí de inventar culpabilidades blancas ni de descargar de responsabilidad a los regímenes africanos en esta desesperanza que es la historia trágica de África, sino únicamente de permanecer siendo decentes. El rechazo de Mandela al nuevo modelo ‘civilizador’ que hemos inventado –el liberalismo anti-social– recuerda muy oportunamente que África está ya harta de pagar las cuentas de un Occidente que comulga con la religión del mercado-rey. Mandela nos hace asistir a una escena digna de los grandes mitos fundadores: un viejo jefe de Estado africano, premio Nobel de la paz, mediador y conciliador en África, respetado en el mundo entero, explicando Derecho, Moral, Justicia al joven jefe de Estado del país más poderoso del planeta. Ojalá esta escena, fundadora de un orden mundial realmente nuevo, sea comprendida por los dirigentes de todos los países del mundo: hallarían así el plus del legitimidad humana y ética de que tan a menudo carecen sus acciones”.*

Quisiera terminar citando la experiencia de un reportero inglés, Fergal Keane, que después de haber vivido de cerca el drama de Ruanda y Burundi, publicó un artículo en *The*

Guardian, en el cual decía: “Ahora, después de haber revistado todas las emociones y los pensamientos que Ruanda me ha inspirado, la respuesta me parece terriblemente simple. Me interesaré siempre de lo que acontece en los más remotos países africanos, porque Ruanda me enseñó a dar a la vida un valor que antes no le atribuía. Los campesinos vestidos con trapos que morían, y los que los mataban pertenecen a la misma especie a la cual pertenezco: la especie humana. Quizá sea un parentesco incómodo, pero no puedo renegar de él. Ser testigos de un genocidio significa confrontarse no solamente con el terror de la muerte que nos espera, sino también con la degradación de cada valor humano. Si ignoramos el mal, nos volvemos autores de un silencio culpable”.

Es lo que cotidianamente viven muchos hombres y mujeres en África. Fraternidad y solidaridad no son pías virtudes, sino valores sin los cuales es impensable construir una sociedad más justa y un desarrollo más humano. Los acontecimientos en África nos pertenecen y nos piden opciones concretas: desde un estilo de vida más simple, más lento, más humano; hasta la sensibilidad y la solidaridad en el camino de un continente hermano que, aún en medio de muchas dificultades, trata de cruzar el río, para llegar a la otra orilla. Así concluye su trabajo Tebaldi: “Considerando como cambian velozmente las situaciones en África, en el bien como en el mal, no quiero hacer previsiones para los próximos años, previsiones que podrían revelarse superadas antes de la medianoche. Sin embargo, habiendo asistido a las conquistas del desarrollo después de la independencia, tengo más de una razón para creer que África puede llegar a la otra orilla”³⁶.

36 *Ibidem*, p. 190.